

Humor

El secreto más sucio del mundo

A.H.

Los secretos a voces son, como el *off the record*, una información líquida que aún no puede imprimirse, pero que ya trabaja bajo la superficie de lo público. No todo aquello que circula en este subsuelo del conocimiento asoma a la luz de lo objetivo ni verificable. El fenómeno Wikileaks, además, demostró la relativa inocuidad de una información que nos decía aquello que ya sabíamos. Existe una especie de limbo para estas verdades incómodas, donde no amenazan la ilusión del relato cotidiano. La frontera entre estas esferas, lo que se sabe y lo que se puede decir, es un vago campo de mi-

nera, se conoce como *Los aristócratas* y tiene un principio y un final conocidos, mientras que en su parte central cada humorista debe improvisar una escena lo más ofensiva posible, partiendo del incesto y la escatología hacia páramos de lo incorrecto que cada público y momento sugieran como los más (in)oportunos. Cuentan que Chevy Chase, ya en los setenta, forzaba en sus fiestas a mantener esas cataratas de mal gusto por espacio de treinta minutos. En el 2001, en un homenaje público a Hugh Hefner, editor de *Playboy*, Gottfried inició su charla con una desafortunada broma sobre el reciente atentado contra las Torres Gemelas. Ante el



Gilbert Gottfried

nas que se detona de tanto en tanto. A veces, para descubrir que "ya era hora de que se dijese abiertamente", a veces para comprobar que "estaba mejor a resguardo de los focos". La vieja cuestión de cuánta verdad estamos dispuestos a soportar la retan hoy tanto intelectuales como humoristas y accidentes mediáticos de todo tipo. A veces, todo a la vez. En EE.UU, humoristas como Sarah Silverman, Stephen Colbert o Gilbert Gottfried han protagonizado, estudiadas o espontáneas, salidas de tono en directos televisivos, muchas de indudable calado político.

Jordi Costa recuerda en *Una risa nueva* (Nausicaá, 2010) una de las más groseras provocaciones que han tenido lugar ante un micro, un hito en la comedia americana que descubrió ante el gran público lo que venía siendo, desde hacía décadas, un chiste iniciático en la profesión, una rutina que por su propia naturaleza se consideraba restringida al ámbito privado. Este chiste, por llamarlo de alguna ma-

abucho del público, Gottfried emprendió una huida hacia adelante pronunciando las primeras palabras de *Los aristócratas*: "Un tipo entra junto a su mujer, dos hijos y un perro en el despacho de un agente artístico y dice: 'Tengo un número que te va a encantar...'. Ante la mirada atónita de otros profesionales, Gottfried inicia su particular apocalipsis obsceno. Hay que verlo para creerlo (en YouTube puede recuperarse el momento, incluso subtitolado).

Uno de los efectos de aquel catártico patinazo fue el de forzar a otros humoristas a demostrar públicamente que se atrevían con aquella rutina, compitiendo incluso por llegar más allá y más adentro en lo que a ofender se refiere. Una cinta, *The aristocrats* (Paul Provenza, 2005), recoge esta historia, con muchas variantes. Por su parte, Costa se sirve de *Los aristócratas* para exponer el modo en que el humor como exorcismo ha encontrado en lo soez una suerte de válvula liberadora de presión. |

Incómoda transparencia

La transparencia, en casi todas sus acepciones, parece una meta atractiva que, sin embargo, no produce las satisfacciones imaginadas. Queremos saber qué hay dentro, detrás y debajo... pero cuando lo vemos hay una magia que se desvanece y una realidad que, a menudo, desagrada. ¿Demasiada información? La transparencia sigue siendo poderosa metáfora de honestidad e higiene, en arquitectura o política, pero con sus propios efectos secundarios. Daños colaterales de una creencia compartida en nuestra cultura: ver es saber



REVELAR, INSINUAR, MOSTRAR... son grados que deciden en el mundo de la moda la diferencia entre lo sexy y la vergüenza ajena. El linde varía para cada persona y ocasión, así que no hay regla posible a la que atenerse, salvo la de "hagas lo que hagas..."



DESDE LAS CATEDRALES GÓTICAS a la reconstrucción del Reichstag, la transparencia en la arquitectura se ha interpretado, y hasta impuesto, como formalización de transparencia democrática, alejamiento del oscurantismo y la opacidad institucional. Sobre la incomodidad de vivir o trabajar en urnas de cristal, se ha escrito menos.



UNA SECUENCIA BRILLANTE en una película mediocre. En 'They Live!' (Carpenter, 1988) el protagonista descubre por casualidad unas gafas alienígenas a través de las cuales se revelan los mensajes ocultos en la publicidad y los medios de comunicación. Artistas como Barbara Kruger o Shepard Fairey reconocen su inspiración en ella.